

POSTMODERNIDAD Y VIDA ESPIRITUAL

Si la espiritualidad ha estado siempre marcada por el contexto cultural de la época, ¿por qué no puede existir una espiritualidad propia de la cultura postmoderna? Con fina sensibilidad y expresión ágil, la autora del presente artículo aporta nuevas perspectivas desde las que podemos hoy redescubrir la fe en el Dios vivo y muestra hasta qué punto la postmodernidad es capaz de hacer emerger una espiritualidad nueva.

Postmodernism and the Spiritual Life, The Way 36 (1996) 179-187.

Nuestro título puede parecer una contradicción en los términos, puesto que la postmodernidad se asocia a menudo con lo caótico, lo provisional, y lo escéptico. Y, sin embargo, la espiritualidad, experiencia del yo ante Dios, ocurre en la historia, en el seno de una determinada cultura. Si bien no está determinada absolutamente por la cultura, la espiritualidad queda mediatizada por los puntos de vista de una cultura dada. Pero entonces podemos preguntarnos: ¿qué pasaría con la vida espiritual si el estilo de la postmodernidad fuera (como se lo parece a muchos) decidida y esencialmente ateo?

Sin embargo, la respuesta a este problema se encuentra en la naturaleza de la propia experiencia espiritual, en la experiencia del yo profundo: se trata de una chispa que brilla por debajo de todas las estructuras profundas, por debajo de todo lo social, y por debajo de todas las experiencias físicas y de las circunstancias históricas, y que prende al soplo del Espíritu de Dios. Así pues, no hay cultura ni situación que estén más allá de este soplo: el amor del Espíritu es universal y plenamente compasivo. Entonces, aunque desde cualquier cultura podamos decir que no creemos en Dios, Dios continúa creyendo en nosotros y amándonos. Los estilos de vida y de fe pueden cambiar, pero ese amor de Dios permanece constante.

Es bueno ser conscientes de esta verdad, porque aun -y quizás especialmente- los creyentes corremos el riesgo de formar a un dios desconocido, a nuestra propia imagen, sustituyendo nuestros prejuicios, creencias o deseos por el misterio y la libertad ilimitados de Dios. En estos tiempos postmodernos, complejos y ambiguos, es tentador crear a un dios que corresponda a la necesidad de seguridad que la situación genera: un dios sereno e inmutable, que rehúse lo que no nos gusta y que bendiga lo que nos gusta. Pero éste no es el Dios que se nos da en Jesús, el "Cristo en agonía hasta el fin de los tiempos" (Pascal) que se ha implicado totalmente en la historia humana. El mundo actual puede decepcionarnos, pero Dios lo ama todavía, y se muestra todavía en él. Puesto que hay gente postmoderna que vive en un mundo postmoderno, entonces existe la posibilidad de una espiritualidad postmoderna.

¿Qué significa postmoderno"?

La parte más significativa de la palabra "postmoderno" es probablemente el prefijo "post" refiere a algo que viene después de ciertas formas de pensar o actuar. En un mundo de cibernética, de aldea global, de ordenadores, láseres y realidad virtual, de planes corporativos y de multinacionales, las formas "antiguas" parecen estar llegando a

su fin. Por ej., ya no estamos en un mundo en el que hablar de amor, sinceridad, creencia, fidelidad, etc., tenga mucho sentido. Lo que impera, en cambio, es la eficiencia, el éxito y la racionalidad tecnológica: ellos generan poder y abundancia material más allá de cualquier expectativa. Pero también comportan soledad, anarquía y amenaza de aniquilación. Además, nuestro mundo está cambiando incesantemente. Incluso los productos culturales se conciben, no como duraderos, sino como consumibles y reemplazables. Y el mundo parece perpetuamente en proceso, un proceso de disolución: todo parece tender al desorden.

La voluntad individual es suprema. Pero flota sin ancla, sola y a menudo atemorizada en un mundo sobre el que tiene poco control y en el que hay poco compañerismo. La gente parece extraña a los demás, al mundo, y a veces incluso hasta a sí mismos. Para sobrevivir tenemos que representar diversos roles, como profesional, esposa, miembro de un club, amiga, creyente, etc., adoptando diversas máscaras adecuadas a cada ocasión, y con poca conciencia de tener un núcleo de imágenes y roles, el yo casi deja de existir, rompiéndose en fragmentos, identificándose sólo con el flujo.

Y mientras tanto, en el mundo actual crece la brecha entre ricos y pobres, las naciones se disgregan en grupos tribales enfrentados, se desarrollan armas nuevas y más mortíferas al mismo tiempo que millones de personas mueren de hambre y el planeta, polucionado y devastado, lucha por sobrevivir.

Vistas en este contexto, las teorías de los postmodernos como Derrida, Lyotard, Deleuze o Guattari, toman pleno sentido. Ellos proclaman que hemos alcanzado el fin de la Edad de la Razón: el fin de la fe en los poderes de la razón humana como árbitro de toda realidad. El mundo físico en conjunto se considera como esencialmente incalculable y más allá de las leyes de la mente humana. La confianza en la razón humana da paso a un relativismo profundo, e incluso nihilista. Pero por muy negativo que parezca, ello también puede permitir el retorno del misterio, que es la base de la adhesión creyente a realidades hoy invisibles (Hb 11, 1). Estamos en condiciones de volver a lo que Pascal llamaba "el silencio de los espacios infinitos", el vacío que nos abre, a la mente y al espíritu humanos, cuando contemplamos honestamente el mundo que hay dentro y fuera de nosotros. Y así, para aquéllos que están dispuestos a reflexionar, la razón debe humillarse, reconocer que no somos dueños de todo lo mensurable y descubrir la "razón" que la razón no conoce.

Espiritualidad auténtica y conversión

Cualquier espiritualidad auténtica depende de la conversión, del volverse desde los caminos del amor propio hacia el servicio al Dios vivo. Esta crisis que afrontamos, que es dolorosa porque sacude la confianza en nuestras oraciones, puede de este modo representar una ocasión de gracia. Es evidentemente incómodo reconocer que, a fin de cuentas, no controlamos el mundo, que la realidad es mucho mayor que nuestra mente humana y que todos estamos flotando en el océano del ser, dependiendo de Aquél en quien, nosotros y la creación entera, vivimos, nos movemos y somos.

En este sentido, la postmodernidad nos proyecta desde el Dios de los filósofos hacia el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jesús, el Dios vivo, más allá de toda definición, comprensión o control. Además, el sentido de lo absurdo, que es otra característica de

nuestra situación, puede manifestarse más acorde con la lógica de este Dios (cuyas sabiduría y potencia parecen locura y debilidad al entendimiento humano) que la confianza de la teología tradicional en la razón y en la analogía. Tal como los místicos han insistido siempre, el camino hacia esa sabiduría es un camino de no saber.

Nos hallamos ante la brecha que se abre entre nuestra situación y los desastres que nos acosan; y entre la confianza en nosotros mismos y los recursos que tenemos. Pero es justamente esta brecha la que nos enseña la necesidad del Dios cuyo ser consiste en venir, un venir que a menudo es más interrupción que consolación, una llamada a ir más lejos.

Desconfianza frente al lenguaje

Una de las formas particulares por las que el pensamiento postmoderno nos puede preparar para esta venida y esta interrupción es mediante su desconfianza respecto al lenguaje. Desde Grecia, la cultura occidental ha creído globalmente que las palabras son en cierto sentido el equivalente de las cosas. La postmodernidad enseña, en cambio, que, como mucho, el lenguaje deja "huellas", evidencia de algo que no está presente, de forma que la gente, las cosas o los acontecimientos siguen siendo lo que son aparte de las palabras que se usan para designarlos.

Ello tiene un significado teológico. Demasiado a menudo los creyentes confundimos el nombre con la realidad de Dios, seguros de que, cuando hemos pronunciado la palabra "Dios", hemos llegado a algún tipo de comprensión de lo que ella significa. Pero para los postmodernos, nombrar no coincide nunca con lo que nombramos. Esto es todavía más cierto para la realidad que llamamos "Dios", que existe más allá de todas las categorías (incluso de la categoría del Ser): y es que Dios se ha dado a sí mismo el nombre de "Yo soy el que soy", Aquél que es supremamente libre y supremamente dinámico.

Una vez hemos aceptado la naturaleza provisional del lenguaje, entonces entramos en este nuevo sentido de la realidad y en un nuevo tipo de espacio en los que ya es imposible que la identidad y el significado se encierren en ellos mismos o confíen absolutamente en sus propios poderes. Se trata, en cambio, de un espacio espléndido y lleno de significado en que Aquél/Aquella que es viene a nosotros, hablándonos, más allá de las palabras, en las profundidades de nuestro ser, llamándonos en medio de nuestros desgarros a salir fuera de los estrechos límites del conocimiento y del control hacia el misterio "que Es". Un misterio cuya vida es el amor, y que sólo podemos comprender amando. Pero el amor es esencialmente dinámico, siempre a la búsqueda de su cumplimiento, el cual yace, evidentemente, en el corazón del misterio de la Trinidad.

La intuición de que la existencia es esencialmente nómada renueva la imagen tradicional de la vida espiritual como un camino. Pero el movimiento no es exterior sino interior. De entre los pensadores postmodernos, es Lévinas el que desarrolla esta intuición en términos específicamente teológicos. En su pensamiento, la vida implica esencialmente un diálogo entre nosotros mismos y los otros, y a través de ellos con el Otro, que va delante nuestro y a Quien conocemos sólo por las huellas dejadas por este movimiento.

La postmodernidad sabe que "un mundo que está ordenado no es EL orden del mundo" (Buber): no es el orden del Dios incalculable y misterioso. Sabe también que es a menudo precisamente en la experiencia de la ruptura, del desgarró y de la desilusión, cuando la realidad -para nosotros, el Dios vivo- puede entrar en nuestro mundo: "destellos de poder fluyendo hacia el mundo a través de brechas que se disuelven continuamente" (Waajiman).

Nueva espiritualidad

Es así como un nuevo tipo de espiritualidad empieza a emerger, muy diferente de la clásica tradición que de Guibert definió cuando se refería a la espiritualidad como "la ciencia fundada en la revelación que estudia lo que es la perfección cristiana y cómo podemos aspirar a ella y conseguirla durante nuestra vida en este planeta". Aquélla era una espiritualidad de la confianza. Pero una espiritualidad postmoderna es más humilde y menos abstracta. Dado que la razón y la abstracción parecen traicioneras, ella nos hace volver al cuerpo, encontrando en su vulnerabilidad y en su capacidad de gozo una ocasión para la gracia. El amor, incluso el exceso, es el motivo de mucho de lo postmoderno.

La Postmodernidad es también consciente de la extrañeza de la noción ilustrada de persona como "un universo limitado, único y cognitivo, un centro dinámico de conciencia que se experimenta a sí mismo de alguna forma como aparte del flujo de la existencia". (C. Geertz). Pero, recuperando al Maestro Eckhart, podemos considerar que el Otro, piedra de toque de la existencia moral, no es un anclaje conceptual, sino una fuerza viva que nos impulsa hacia adelante. Y así el misterio central de la existencia es un misterio de generosidad, incluso de exceso, eucarístico, de morada de Dios en nosotros y de alumbramiento de la divinidad en nosotros y en toda la creación.

Esto es la antítesis de la alienación, porque es un tipo diferente de pertenencia, un descanso en Dios como la fuente de toda existencia, más allá de ser uno mismo, pero conocido en el gozo y la paz sin palabras. Poseída por Dios, el alma ama a todos aquéllos a quienes Dios ama, y se gloria en la creación, que es el trabajo de Dios y la gloria de Dios.

Pero ninguna espiritualidad es genuinamente cristiana si está exenta del dolor del mundo. O sea que una espiritualidad postmoderna será consciente de los "despreciados de la tierra", de los que llevan las heridas de la historia contemporánea en sus cuerpos y en sus almas. El flujo incesante de sensaciones que recibimos a través de los medios de comunicación nos distrae de esta realidad y la convierte en mero espectáculo. Pero el flujo del amor divino nos lleva más allá de lo meramente sensacional, hacia la comunidad con los pobres y oprimidos: hacia aquéllos que, por ello mismo, son peculiarmente amados por Dios, ya que llevan la marca del Crucificado.

Esencialmente, una vida espiritual es una vida en la que la compasión hacia el Otro, que sufre en y con los otros, hace brotar nuestro amor. Y entonces los sufrimientos de nuestra época no son sin sentido, tal como una postmodernidad meramente secular los vería, sino que son los gemidos de una creación trabajando para llevar adelante la redención, el triunfo final del amor de Dios. De modo semejante, las vidas vividas en este temor para con los débiles, muestran la debilidad última del mal que tanto les ha

herido; y así devienen testigos de un nuevo y transformador tipo de poder, muy diferente del de la tecnología y del dinero.

Una espiritualidad postmoderna, por tanto, puede ser la esperanza del mundo: no una mera proyección de nuestras necesidades humanas, sino el desafío de Dios a ellas. Nos llama a renunciar al poder que está en peligro de destruirnos y a volver a una humilde fe en Dios, que siempre está viniendo hacia nosotros y caminando delante nuestro. Es con esta paciencia, con esta humilde aceptación de Aquél cuya presencia anhelamos, como el mundo postmoderno puede ser transformado.

Tradujo y condensó: JOSEP F. MÀRIA